
I. El Baile Verde

Corre el agua bajo la piedra blanca, la piedra ocre, piedra caliza, calcárea y porosa, fuego denso y fraguado que emergió como tierra firme. Corre el agua bajo la piedra caracol, esponja y anémona, bajo la piedra flor, la piedra serpiente, la piedra escrita. Corre en un río de silencios: subterráneo, sagrado, milenario. Corre bajo oscuras cúpulas a través de túneles del tiempo en los que aún se alcanza a oír el eco de un son lejano. Corre el agua como la historia, libre y prisionera, en meandros, laberíntica. Corre bajo una planicie sin fin que, sin lagos ni montañas, extiende la profusión de su paisaje hasta diluirse en los confines del límpido azur, caliente por el sol que, dueño del horizonte, nos acoge y da cobijo. Corre el agua bajo esta sabana misteriosa atrapada por el mar. Pero bajo esa losa pétreo, ahora cubierta de maleza, corre también un río de palabras, de voces y de historias. De haber nacido en otros tiempos tal vez este sería el momento de la invocación. Diría “Canta musa celeste, canta, inspira mi atribulado corazón”. O tal vez acudiría a Calíope, a Clío o a Erato o, mejor, al propio Apolo (“A ti digo: ¡Oh Sol!”) para que me guiaran por el laberinto en que me encuentro y salir con decoro de la improbable tarea que me he impuesto. Lector suave y carísimo, discreto y prudente, sé tolerante con estas pobres musas que han osado sentarse en mi regazo. Pero lástima, ya nadie se acuerda de las musas y algún desconfiado lector estará mostrando escepticismo por el tono con el que he decidido empezar esta novela. La palabra es el lugar que todos habitamos. ¿Sus fronteras? Labra la palabra y aparecerá un mundo.

Nuestra historia se remonta a 1847, cuando la Península de Yucatán contaba entre quinientos y seiscientos mil habitantes de los cuales blancos y mestizos representaban el veinticinco por ciento. La mayoría se dedicaba a la agricultura y ganadería en sus haciendas; a la milicia, al sacerdocio o a la administración pública y al trabajo artesanal, mientras el resto lo integraban los mayas que trabajaban como peones de los blancos, como milperos que dedicaban un día de labores al amo en cuyas tierras sembraban o que vivían independientes en regiones selváticas. Las ciudades importantes eran Mérida, la blanca capital; Campeche, el puerto; Valladolid, la cabecera de oriente, Izamal y Tekax. Mérida mantenía estrecha relación con Cuba, con la que ancestralmente existían vínculos comerciales y sociales, y contaba con cerca de cincuenta mil habitantes. Campeche, más en contacto con el resto de la república gracias a su comercio de sal con Veracruz, Tampico y Matamoros, tenía cuarenta mil personas, mientras que Valladolid, la Sultana de Oriente, representaba la frontera con la población indígena independiente y contaba con poco menos de cincuenta mil habitantes.

El novelista se concentra en lo vivido años atrás y surge la primera escena: ocho calles conducen a la Plaza Mayor, dos desde cada punto cardinal. La ciudad se extiende sobre una vasta porción de terreno calizo. El aspecto general de Mérida tiene rasgos moriscos, estilo que privaba entre los conquistadores, la mayor parte extremeños, cuando edificaron la ciudad. Las casas principales, levantadas con piedra de la región, son amplias y por lo general de un piso, un patio interior refresca la casa y un aljibe guarda la bendita agua que les obsequia la lluvia. En el centro de la ciudad se ubica la Plaza Mayor o Plaza Grande. Al oriente, en un flanco, se encuentran la Catedral y el Palacio del Obispado. Al poniente el Palacio Municipal y la casa de doña Joaquina Peón. Al norte se alza el Palacio de Gobierno y al sur la casa de los Montejo. Pero los rasgos distintivos de la ciudad

son el convento de San Cristóbal, la iglesia de la tercera orden, jesuítica, el convento de Mejorada, la capilla de San Juan Bautista, la iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria, la ermita de Santa Lucía y el Convento de las Monjas.

Las calles no tienen placa sino una figura de madera, pues buena parte de la población no sabe leer ni escribir. En una esquina, la figura de una anciana con las gafas en la punta de la nariz indica que se trata de la calle “de la vieja”. La mente del novelista transita por otras esquinas: “el flamenco”, “el elefante”, “el toro” y “la culebra” donde se encuentra la casa en la que, sin saberlo aún, pasará él sus últimos días, una vez que asuma la penosa decisión de abandonar las letras para siempre. Por ahora la imaginación del escritor se concentra en la esquina de “el venado”. Le parece ver cómo llegan, una tras otra, las calesas a la puerta de una de las pocas casas de dos pisos mientras guía con puño firme su pluma de ganso para que el punto de oro corra sobre el papel emulando carruajes que visualiza tirados por uno o dos caballos y conducidos por cocheros vestidos de librea. La caja abierta por delante, asentada sobre muelles de correas, las carrozas se detienen para que desciendan sus ocupantes, jóvenes y viejos, pues lo mejor de la sociedad de Mérida se ha dado cita esa noche en casa de don José Enrique Cámara Peón.

No fue sino años después, luego de todas las peripecias que vivió durante los años duros de la guerra, que el novelista, ya casado y con hijos, viviendo en Campeche mucho antes del desastre que destruyó su biblioteca, una noche al recostarse en su hamaca muy cansado, tuvo la iluminación de escribir sobre todo aquello que había vivido en la Península, su amada y detestada Península. El anhelo de escribir novelas se le había metido en la cabeza desde joven. Por sus lecturas sabía que lo primero que se necesita para ser escritor es el anhelo de serlo. Él lo tenía, además del privilegio de haber cursado estudios en teología y en derecho. Nada deseaba más que convertirse en autor como uno de esos de las novelas que tanto había disfrutado le-

yéndolos en español y, si no era posible, en francés, italiano o inglés. Una novela: ese género que los conquistadores habían prohibido durante tres siglos no sólo en la Península de Yucatán sino en todas las colonias españolas por considerarlo pernicioso, profano y por ocuparse de relatar historias fingidas. Pero eso era lo que él anhelaba: escribir una historia fingida. Entonces había escrito ya dos, además de sus cuentos y sus leyendas. Ambas le habían proporcionado inusitada alegría. Una la escribió en sus años mozos; la otra, ya maduro, se la dictó a un amigo para matar el tiempo. Habían transcurrido años antes de animarse a emprender la tercera, la que más le importaba, pues en ella reflejaría lo que había vivido, visto y sufrido durante los años de la guerra y trataría de ordenar el caos de su existencia y el de toda esa gente que padeció con él los horrores de la revuelta. Le otorgaría voz a los que habían participado con la única conciencia de que ese era el mundo que les había tocado vivir. No tenía duda: la mejor razón para escribir era contar aquello que uno conoce o imagina para indagar sobre su propia vida como si fuera la de otros y descubrir los secretos de la gente.

Remojó en el tintero el manguillo que había comprado en Veracruz: los invitados llegaban en oleadas; los coches se paraban frente a la entrada con el emblema distintivo de cada familia para luego acomodarse sobre la calle. Las carrozas eran signo de rango. Tan pronto se detenían, corrían los visillos para atisbar quiénes habían llegado mientras esperaban que el cochero los ayudara a descender. El símbolo de esa noche era el color verde. Los organizadores habían dispuesto que al Baile Verde las mujeres asistirían vestidas de ese color —los hombres tan sólo la corbata— en señal de la esperanza que abrigaban de que don Miguel Barbachano, que acababa de renunciar a su puesto de gobernador de Yucatán y que saldría al día siguiente para La Habana en compañía de su hermano Manuel, volviera pronto a su querida Mérida. Algunas damas lucían peinados altos, el llamado chongo o moño de Apolo, que se levantaba adornado con florecillas; las jóvenes iban con bucles o caireles a los lados,

otras con bonete o tocado; las casadas y mayores iban peinadas de raya en medio, el pelo liso cubriendo las orejas y discretamente recogido en la nuca. Los hombres vestían pantalón de lino blanco y camisa de seda con el cuello alzado en punta. Muchos traían chaleco y chaquetilla encima a pesar de la calurosa noche. Como estaba de moda el pelo sobre la cara abundaban patillas, bigotes, perillas, candados, barbas a dos puntas, las reales, imperiales, moscas, còtelettes: todas empomadas, perfumadas y bien acicaladas.

El novelista se concentra en un matrimonio joven con pocos años de casados y dos hijos. La pareja, en apariencia feliz, no sospecha ni remotamente lo que va a ocurrir durante la guerra que cambiará su vida de manera tajante. Él, Genaro Montore, es comerciante, joven, regordete, risueño, con amplias patillas, bigote en punta y peinado de raya en medio. Ella, Lorenza Cervera de Montore, es hija de uno de los grandes hacendados de Yucatán. El novelista elige a la pareja de manera deliberada, pues desde el día del baile ella le llamó la atención. En las novelas las heroínas tienen la obligación de resultarles atractivas a los lectores, así que siente el deber de caracterizarla como lo que era, alguien excepcional, no sólo físicamente, sino también en personalidad y pensamiento. Recuerda cómo un murciélago, una noche, actuó entre los dos a manera de cupido. Lo que más le atrajo de Lorenza fue que mientras Genaro disfrutaba del baile y de la fiesta, ella, acaso sin darse cuenta, se mantenía ajena, ensimismada, como si todo a su alrededor careciera de interés. El novelista no quería dejar de lado su belleza para presentarla ante los lectores, y aunque podía recurrir a modelos de otras novelas se decidió por lo que él llamaba “la exactitud histórica” y así determinó que Lorenza se tendría que apegar a como era cuando él la vio en el baile: rubia, cabello ligeramente rizado, blanca, alta; grandes ojos azules dominaban su rostro y poseía una mirada serena, lánguida, aterciopelada así como una bella y gentil sonrisa. Se comportaba siempre con gran sobriedad y elegancia a tono con su voz suave y amable. El verde de su ves-

tido largo y escotado, sin afectación ni mayores pretensiones, le sentaba particularmente bien esa tibia noche y hacía que sus ojos cambiaran de su natural azul a un tono verdoso.

La impecable mansión, alumbrada por candiles de aceite de higuierilla, tiene una reja de hierro forjado abierta de par en par. Los Montore entran tomados del brazo por un camino de piedra que conduce a la gran casa de cal y canto con cuatro arcos al frente. El jardín, con el césped bien cuidado, tiene árboles frutales: mangos, ciruelos, zapotes, mameyes, caimitos. La puerta de entrada es alta, de madera, con dos postigos grandes, y permanece abierta de par en par. Un mozo vestido de blanco recibe a la pareja. Dos enormes candiles que cuelgan de un alto techo iluminan el recinto. Una escalera monumental y solemne con ventanal al fondo conduce al segundo piso, donde está la biblioteca. En uno de los extremos una pequeña orquesta de violines alrededor del piano de cola, toca una mazurca que un animado grupo disfruta deslizándose sobre el piso de mosaico.

La pareja saluda al anfitrión, don José Enrique Cámara Peón, director del periódico *El Vigilante* y estrecho colaborador de Barbachano, y a su esposa, doña Jacinta G. Cantón, pertenecientes a dos familias de gran prosapia en Yucatán. Ése era el tema favorito de don Enrique: su pureza de sangre. Tan pronto surgía la menor oportunidad declaraba reiteradamente y a voz en cuello que su familia era descendiente en línea directa de los conquistadores y que en toda su ascendencia no había ni una gota de sangre india. “Y tengo documentos para probarlo”, remataba muy orondo, lo cual significaba que pertenecía a la más pura aristocracia de la Península. Pero en Yucatán no existía tal aristocracia. Ese rango lo ocupaban las antiguas familias descendientes de los encomenderos dueños de las mejores haciendas y con el mayor número de trabajadores. Destacaban también los altos cargos del ejército, los dignatarios de la iglesia y los políticos importantes.

Don Enrique y su esposa invitaron a los Montore a beber vino, clericó, coñac, champaña o, si preferían, aguardiente de

caña, que era lo que les gustaba a los militares. Algunos de los más importantes hombres del estado se encontraban ahí: aquellos tres, vestidos con guerreras azul marino, pantalones blancos y botas, eran Sebastián López de Llergo, Eulogio Cano y Dolores Centella. El único vestido de negro, con alzacuello blanco y moño verde en un brazo, era el cura José Canuto Vela.

Sentado en una esquina, rodeado de señoras que reían sin cesar mientras lo escuchaban, se encontraba el excelentísimo obispo de Yucatán, Cozumel y Tabasco, don Celestino Onésimo Arrigunaga, sonrosado, regordete, sonrisa a flor de labios y una copa de coñac en la mano. Llevaba su traje color púrpura y el solideo bien asentado en la coronilla. En el brazo derecho ostentaba también el moño verde. El obispo y Lorenza, reflexiona el novelista, tendrán que enfrentar juntos impredecibles dilemas una vez pasada la guerra, siguiendo las caprichosas vueltas del mundo.

Genaro y Lorenza avanzan entre las personas mayores que se encontraban sentadas, conversando mientras bebían y comían. Saludaban aquí y allá hasta que reconocieron a sus amigos y se sentaron con ellos. Empezó una nueva tanda con un vals *cadencé* delicado, lánguido, soñador. La mayoría de los jóvenes se había concentrado en el patio interior de la casa, dispuesto como pista de baile. Las chicas que “figuraban” en ese momento se hallaban sentadas en los anchurosos corredores bajo los arcos, listas para bailar las próximas tandas mientras se abanicaban aprovechando el intermedio. Miradas, guiños, sonrisas. Casi todos los jóvenes, reunidos en pequeños grupos, observaban a las jovencillas y recibían el fresco que corría por los portales. Cada vez que la orquesta hacía una pausa, el aluvión de hombres dejaba la conversación para ir a solicitarle la próxima tanda a la chica de su elección mientras ellas, muy circunspectas, apuntaban cuidadosamente el nombre de su nueva pareja en una pequeña libreta que llamaban carnet. El señor Cámara se había propuesto echar la casa por la ventana, servir los vinos más delicados y ofrecer las mejores viandas, emulando las más distinguidas costumbres europeas como merecía el refinamiento de

don Miguel Barbachano, identificado por su enorme personalidad e impecable buen gusto.

—¿Bailamos? —le preguntó Lorenza a su marido.

Genaro, complaciente, se levantó rozando apenas con dos dedos el codo de su mujer y la condujo hasta la pista, donde se integraron al resto de los danzantes.

Cerca de las nueve de la noche, cuando el baile se encontraba en lo más animado, uno de los criados entró y habló en voz baja con el dueño de la casa quien, de inmediato turnó una orden al director de la orquesta. La música cesó. Todos los rostros se volvieron hacia la entrada. Don Miguel Barbachano y su esposa hacían su aparición en el baile ante el aplauso y júbilo de los presentes. La señora también venía ataviada de verde. Barbachano, en cambio, vestía de riguroso lino blanco y sólo su corbata dejaba ver el verde que animaba la reunión. A una señal del cura Vela las mujeres, tanto solteras como casadas, fueron en busca de las cestas con claveles teñidos que habían preparado para la ocasión. Lorenza no fue una excepción y con su esposo se integró a la valla para recibir a Barbachano en tanto el festejado y la esposa entraban sonrientes al son de una marcha triunfal, saludando a unos y a otros mientras las mujeres iban arrojando flores verdes a su paso.

Barbachano poseía una atractiva presencia: alto, delgado, joven, de finas facciones. Había estudiado en Cuba y en España y tan pronto volvió a Yucatán destacó como líder por su simpatía natural, facilidad de palabra, amplia cultura y delicadas maneras, todo lo cual le permitió colocarse rápidamente entre los principales dirigentes políticos de la Península. Peinaba su cabello lacio y engominado, pegado al cráneo; se había dejado crecer el bigote y una pequeña barbilla debajo del labio, denominada “mosca”, de acuerdo con las últimas tendencias de la moda europea. Con treinta y cuatro años recién cumplidos, se encontraba en la flor de la edad. Aunque oriundo de la ciudad de Campeche, desde hacía años su corazón se había entregado a Mérida, con la que se identificaba

ya que, desde la época de la conquista, fungía como Capitanía General y era la ciudad que más nexos guardaba con su amada España. En Mérida habían residido capitanes generales, obispos, altos empleados, frailes y los hijos de encomenderos. A partir de la independencia, Yucatán se había unido a México y Mérida se prestaba de manera inigualable para darle nuevo impulso a la región, además de su estrecha comunicación desde siempre con Cuba, donde Barbachano contaba con muchos amigos y conocidos. Precisamente en Mérida encontró el apoyo definitivo de los jóvenes inquietos y apasionados que deseaban renovar las viejas costumbres de la Península para adecuarla a los nuevos vientos de libertad que soplaban por todo el continente.

Una vez que le dieron la bienvenida, Barbachano se convirtió en el foco de atención y se puso a conversar con un grupo de amigos y seguidores que se arremolinó en torno a él. Su mujer aprovechó para escabullirse y buscar a sus amigas íntimas, a las que dejaría de ver quién sabe cuánto tiempo.

Se reinició la música. ¡Ahora tocaban una jarana! Los jóvenes aplaudieron y miraron a don Miguel, que los conminó a que bailaran y celebró la selección del director pues sin duda aligeraría el ambiente con el toque típico que estaba haciendo falta. Él mismo se animó, sacó a bailar a su esposa y valseando con las manos en alto de inmediato fue secundado por la mayoría de sus admiradores.

De lo más festivo se encontraba el baile cuando hubo otra interrupción: se empezó a oír un insistente murmullo cerca de la puerta. La música cesó. Se escucharon voces, gritos, amenazas. Varios hombres, con su respectiva pareja vestida de rojo, intentaban entrar ante la negativa de los encendidos simpatizantes de Barbachano. Eran los mendistas. Se habían presentado inesperadamente y sin invitación. Los jóvenes barbachanistas trataban de impedirles el paso arguyendo que se trataba de una franca

provocación. No obstante, cuando Miguel Barbachano los vio, pidió que los dejaran entrar.

Al frente de los mendistas venía ni más ni menos que el propio novelista. ¿Cómo describirlo? Hombre bien parecido, abogado de profesión, vestido de levita negra, con quevedos, abundante cabello oscuro y rizado, bigotillo cortado al estilo inglés. Su nombre: José Turrisa. Escribía entonces su segunda novela sobre un tema de la colonia y dirigía el periódico *El Voto Público*. Turrisa era un joven inquieto. Lo acompañaba Concha, su prometida e hija de don Santiago Méndez. Entre sus adversarios, los simpatizantes de Barbachano, corría la broma de que don José no quería casarse con Conchita sino con la hija del gobernador. Así se las gastaba desde entonces la sociedad yucateca. Y es que don José nunca había sido aceptado plenamente entre los meridianos porque él y Manuel Antonio, su hermano, eran hijos naturales de un sacerdote. No obstante, José había pasado la mayor parte de su infancia y juventud en el Seminario Conciliar de San Ildefonso en Mérida. Pronto se dio cuenta de que los hábitos no eran su vocación y, aprovechando que conocía bien a los clásicos, se decidió por el estudio del derecho. A los veintidós años partió hacia la Ciudad de México para titularse en el Antiguo y Nacional Colegio de San Ildefonso. Vivió algún tiempo en la capital de la república hasta que volvió a Mérida recibido de abogado. A su regreso de la capital inició un periodiquillo literario donde hizo sus pininos publicando sus primeros cuentos y leyendas. Don José tenía fama de haberse convertido en un dandy un tanto bohemio durante su estancia en la Ciudad de México. Para muchos ese viaje había resultado pernicioso, pues cambió completamente su personalidad, antes discreta y morigerada, y ahora súbitamente rebelde y hasta un tanto provocadora, como lo mostraba el acto que encabezaba. No sólo su comportamiento se había alterado sino también su manera de vestir y de hablar —había perdido el acento peninsular— y toda su actitud frente a una sociedad tan cerrada e impenetrable como la emeritense. Turrisa deseaba sacudir las

ideas de esa sociedad que tanto había criticado sus oscuros orígenes. Aunque ahora todos lo llamaban don José e incluso doctor Turrisa porque con su flamante grado y su aire cosmopolita había logrado, aunque fuera aparentemente, granjearse el respeto de toda esa gente que antes lo veía de menos por no pertenecer a una familia de alcurnia. Con él venían otras personas: el abogado don Pantaleón Barrera con su esposa, el capitán Beitia, el todavía capitán Cirilo Baqueiro y el capitán Felipe Bolio, meridano militar de carrera que, por alguna razón inexplicable para sus conciudadanos, servía bajo las órdenes de Méndez. Los acompañaba también Manuel Antonio, hermano menor del novelista que, contrario a él, no había renunciado a los hábitos y que fungía como párroco de la ciudad de Valladolid. Don José se acercó a Barbachano y le dijo:

—Perdonará nuestra inesperada intrusión, pero consideramos que no había mala intención en venir a desearle suerte ya que se va a ausentar del país.

—Muchas gracias, don José —dijo Barbachano sonriendo al notar los vestidos premeditadamente rojos de las mujeres que los acompañaban—, no hay problema, al contrario, les agradezco que hayan venido. En realidad todos pertenecemos a una gran familia cuyo único interés es el bienestar de Yucatán, ¿no es cierto? Que como todas las familias podemos tener nuestras diferencias quién lo duda. Pero eso nos lleva a unirnos cuando las amenazas provienen de afuera.

—Así es, prueba de ello es que cuando se ha necesitado hemos logrado formar un frente común.

—No me lo diga a mí, que fui vicegobernador con su futuro suegro. Juntos defendimos Yucatán contra las injusticias de los gobiernos centralistas que tanto han perjudicado a nuestra región.

—Lo sé. Recuerdo con qué audacia se trepó usted al Palacio Municipal para izar la bandera del Yucatán independiente cuando nos separamos del gobierno mexicano.

Barbachano sonrió al evocar aquellos momentos. El hecho es que apenas empezó a reinar la paz en la Península, luego de

haber vencido al ejército de Santa Anna gracias al apoyo de los mayas, esa unidad se escindió y se formaron dos bandos en pugna: el de Barbachano, que defendía los intereses de la ciudad de Mérida, y el encabezado por Santiago Méndez, para quien el novelista trabajaba como secretario particular y que defendía la ciudad de Campeche.

—Yo mismo tomé la decisión de separarme del puesto de gobernador —dijo Barbachano— para que no se me fuera a acusar de haber propiciado sucesos tan lamentables como los que ocurrieron hace poco en Valladolid —dijo aludiendo a una matanza en aquella ciudad por motivos partidistas—. Sólo les pido a todos los de la Península que después no me vayan a atribuir las consecuencias que ya se pueden adivinar.

—Tiene razón, don Miguel, hay que tener cuidado para que prevalezca el orden y la paz en estos momentos de tanta confusión en Yucatán y en el país.

—Hay un punto en extremo delicado que usted conoce bien —le dijo Barbachano a Turrisa—: la postura que adoptará Yucatán respecto de la guerra con Estados Unidos ahora que se disponen a invadir el país con pretexto de la independencia de Texas.

—De eso queríamos hablarle, don Miguel —comentó Turrisa—. Desearía preguntarle si tendría inconveniente en intercambiar unas palabras con don Santiago Méndez antes de su partida.

—Me temo que no será posible. Salgo en la madrugada para La Habana.

—Se trataría de un encuentro breve.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Dónde?

—Aquí, si está de acuerdo.

—¿No está don Santiago en Campeche? Me dijeron que se había ido por unos días.

—Está aquí, en Mérida. Y si me lo permite, de inmediato le mandaré decir que usted acepta una rápida entrevista con él.

Barbachano se quedó pensativo.

—Dígale que venga —respondió.

—Lo ideal sería que el encuentro fuera privado.

—Que entre por atrás de la casa. Lo recibiré en la biblioteca. Voy a hablar con José Enrique para que disponga todo.

—Le suplico discreción —pidió Turrisa.

—No se preocupe.

Turrisa giró instrucciones para que fueran por don Santiago Méndez mientras él permanecía en el baile en compañía de su prometida y de los otros mendistas mezclándose con los barbachanistas, a los que conocía bien pues había vivido los últimos años en Mérida. Saludó al obispo y se acercó a hablar afectuosamente con el teniente coronel don Sebastián López de Llergo de quien había sido secretario durante la revolución de 1840.

Con aspecto grave y circunspecto, don Santiago Méndez llegó vestido de negro, chaleco y leontina, los ojos fijos tras los quevedos que le daban aire de altivez y severidad a su mirada. No esbozaba la más mínima sonrisa, como si estuviera concentrado en problemas de más peso que un simple baile o la despedida de su adversario político. Llevaba un pequeño portafolios de cuero negro firmemente empuñado en la mano derecha. Con discreción fue conducido por la parte de atrás de la casa hasta el segundo piso, donde se encontraba la biblioteca del señor Cámara Peón. Para ese entonces don Santiago tendría poco más de cincuenta y cinco años. Tenía el cabello blanco y su cabeza mostraba una impostergable calvicie. Méndez tenía fama de poseer naturaleza de hierro: había forjado su carácter dedicándose al comercio desde muy joven en su ciudad natal, Campeche. Acumuló una cuantiosa fortuna y a la edad aproximada que tenía ahora Barbachano, su contrincante, don Santiago dejó los negocios en manos de sus hijos para convertirse en el caudillo indiscutible de los intereses políticos y comerciales de Campeche. Barbachano lo esperaba sentado en la biblioteca con una copa

de coñac en la mano, la pierna cruzada, muy quitado de la pena. Al ver entrar a Méndez se puso de pie. Se saludaron fríamente, sin estrecharse la mano. Barbachano le ofreció algo de tomar. Méndez rehusó. A pesar de que Méndez había iniciado a Barbachano en la política como su subalterno y de ser considerablemente mayor que él, nunca se habían tuteado. Barbachano le ofreció un habano. Méndez no tuvo más remedio que aceptar, pues el tabaco constituía una de sus contadísimas debilidades. Barbachano parecía conocerlo de sobra.

Interesante imaginar lo que se dijeron en este encuentro. Se trataba de una reunión secreta en la que se pondrían de manifiesto las discrepancias entre “La noble y leal” ciudad de Mérida y “La heroica y liberal” ciudad de Campeche. Pero el contraste entre la juventud de Barbachano y la madurez de Méndez no correspondía, si hemos de ser justos, con el carácter de las ciudades que cada uno representaba. Como tantas veces ha sucedido en nuestro país, las cualidades de ambos se convirtieron en antagónicas y complementarias: mientras Méndez mostraba capacidad de tipo administrativo y era ordenado, riguroso y sagaz en aquello que emprendía, no contaba, sin embargo, con sensibilidad política; Barbachano, en contraste, tenía las cualidades opuestas: enfrentaba sin problema las crisis políticas, poseía ingenio, chispa, capacidad de negociación y creatividad pero carecía de rigor, de profundidad y no era bueno para manejar asuntos de carácter administrativo o financiero. Méndez era rígido y hasta inflexible mientras Barbachano, con su carácter insinuante y comunicativo, era astuto e imprevisible. La gran paradoja consistía en que ambos profesaban los principios liberales, eran partidarios del sistema federal y enemigos acérrimos del centralismo ejercido por Santa Anna.

—Le agradezco que haya aceptado esta entrevista —dijo Méndez mientras encendía su habano—. Espero que no haya ánimos revanchistas entre nosotros.

—He sabido aceptar la conveniencia de mi renuncia —contestó Barbachano con cierta indiferencia.

—Nunca debió haber apoyado a Santa Anna después de como ha tratado a Yucatán, menos reincorporarse al gobierno central en una época tan difícil como la que estamos atravesando.

—Lo consideré un deber patriótico. Después de todo, Santa Anna aceptó derogar los aranceles que nos había impuesto.

—¿Pero puede confiar en alguien como Santa Anna que un día dice una cosa y al siguiente exactamente la contraria faltando a su palabra sin pudor? —comentó Méndez sin levantar la voz—. No habían pasado ni dos meses de que había firmado el tratado de 1843 cuando prohibió la entrada de todos nuestros productos a los puertos de la república. Usted nunca debió pronunciarse en favor de Santa Anna sin tomar en cuenta el sentir de Yucatán, sobre todo si pugnaba, como decían sus proclamas, por un sistema republicano, popular y representativo —dijo enfático Méndez.

—No me podrá negar que me porté más que generoso cuando les concedí amnistía —contestó Barbachano un tanto encendido— precisamente para evitar derramamientos de sangre. Pero así me pagaron, volviéndose a rebelar y pidiendo mi destitución.

—Usted nos condujo a pelear entre nosotros al reincorporar a Yucatán sin el convencimiento general con los lamentables resultados que conoce mejor que nadie.

—Había que tomar una postura respecto a la injusta guerra propiciada por Estados Unidos.

—La reincorporación de Yucatán a México no representaba ventaja para nadie en estos momentos de desunión y luchas intestinas que se han dado en la Península como en el resto del país. Someterse a una guerra con una nación tan poderosa como la norteamericana para apoyar a un gobierno del que sólo hemos recibido cargas, abusos y desinterés resultaba inexplicable y totalmente inconveniente. Lo único que hubiéramos conseguido es que la flota norteamericana se lanzara sobre Campeche para arrasarla. Fue por eso que apoyé el levantamiento —aclaró Méndez.

—Al hacerlo dejó a Yucatán ante el resto de la república como un pueblo sin patriotismo y sin honor —reviró Barbachano.

—Usted sabe mejor que nadie que no es así. El patriotismo empieza en casa. Yucatán no ha sido el ofensor sino el ofendido. El gobierno central lo ha dejado en el más completo abandono y sólo se acuerda de nosotros cuando hay necesidad de dinero, soldados o pertrechos de guerra.

—Eso no justifica que en lugar de defender al país nos unamos al enemigo.

—En un momento dado usted estuvo de acuerdo.

—Llegué a pensar, no lo niego, que la anexión a los Estados Unidos podía haber sido una salida a nuestros problemas... recapacité y me convencí de que estaba en un error. Y grave.

—¿Se convenció o lo disuadieron los norteamericanos?

—Me convencí.

—Estará de acuerdo ahora en que nuestra única salida es la neutralidad.

—En las actuales circunstancias creo que no queda más remedio.

—Pues bien. El propósito de mi visita de esta noche es hacer con usted un pacto de no agresión entre nosotros.

—¿Cómo vamos a hacer un pacto si ni siquiera voy a estar en el país?

—Sabe a lo que me refiero.

—Así es.

—Le pediría que firmáramos este acuerdo que he preparado en el entendido de que se trata tan sólo de un pacto para no utilizar a la fuerza indígena con motivos militares salvo de mutuo acuerdo y exclusivamente para defender la integridad de nuestra república, como en 1840.

—¿Me permite ver el documento?

Méndez sacó un legajo de su maletín, se lo entregó a Barbachano, quien lo leyó premeditadamente por encima, como dándole poca importancia.

—Estoy de acuerdo con lo que aquí se dice —externó Barbachano devolviéndole el documento y mirando los ojos imperturbables de Méndez—. Pero no puedo firmar nada en tanto que ya no tengo ningún cargo oficial. A lo más que podría acceder es a un pacto verbal entre nosotros.

—Imaginé que así sería —replicó Méndez—. Espero que no tendrá inconveniente, como hombre de honor que lo considero, en que cada quien tenga dos testigos presenciales de nuestro pacto —propuso Méndez.

—En modo alguno.

—Por mi parte me gustaría que hicieran subir al licenciado José Turrisa y a don Pantaleón Barrera —pidió Santiago Méndez.

—Muy bien —respondió Barbachano—, mandaré llamar al cura Vela y a Dolores Zetina en calidad de testigos míos.

Sellado el pacto, Méndez salió sigilosamente de la casa de Cámara Peón dejando que el baile siguiera su curso. Todos se habían enterado ya del encuentro secreto que Méndez había suscitado para hablar con Barbachano. Serían cerca de las dos de la mañana cuando en plena algarabía del baile, los ánimos encendidos, ya sin presencia de ningún mendista, Barbachano anunció que debía retirarse para abordar el barco que lo conduciría hasta La Habana. Sus seguidores le brindaron un prolongado aplauso. Algunas señoritas empezaron a llorar. Se despidió uno por uno de los presentes.

—Quién sabe cuándo nos volveremos a ver —dijo Barbachano—. Es posible que sea un adiós largo o definitivo.

Y al abrazar a don Miguel, como cariñosamente le decían, para despedirse de él, algunos hombres dejaron escapar una lágrima de coraje externando el disgusto y desacuerdo por la partida de su líder.

—No se vaya. Lo apoyaremos en todo, a costa de lo que sea —lo exhortó Dolores Zetina—. Ahora mismo nos pronun-

ciaremos para reinstaurarlo como gobernador. Nunca debió haber renunciado —gritó.

Todos lo apoyaron al unísono.

—Calma, calma —pidió Barbachano—. Les suplico serenidad en este duro trance por el que atravesamos. El país y el estado se encuentran en grave peligro y es importante que por ahora permanezcamos unidos, incluso a costa de mi exilio con el fin de evitarle mayores males a Yucatán. Vamos a ver cómo se desarrollan las cosas, pero si para mantener el orden es necesario que renuncie a mis queridas tierras, así lo haré.

—¡Vamos a Sisal a despedirlo! —propuso alguien secundado unánimemente.

Barbachano fue el primero en subir a su calesa en compañía de su esposa; lo siguió su hermano Manuel. A partir de ahí se organizó un largo cortejo para acompañarlo al barco en el que zarparía rumbo a La Habana. Los coches se empezaron a amontonar en la puerta, creando un congestionamiento por los caballos, por las dimensiones de las calesas, el alboroto de la gente llamando a sus cocheros, adormilados y envueltos en sus capotes, para que fueran por ellos y se unieran a la cabalgata. Y así, en noche de luna llena, se inició el recorrido de los barbachanistas escoltando a su líder hasta la misma orilla del mar con un ánimo compartido de euforia y tristeza, contentos de acompañarlo y dolidos por su partida.

Llegaron hasta el pequeño puerto de Sisal, donde se encontraba fondeado el barco en espera de sus pasajeros. Barbachano dirigió una última arenga y conminó a su amigo José Dolores Zetina a que lo alcanzara pronto en Cuba para informarle sobre los acontecimientos de Yucatán. Barbachano, esposa, hijos y entenados, así como su hermano y su cuñada, subieron al bote que los acercaría al barco, ondeando la mano. Las mujeres sacaron su pañuelo y empezaron a agitarlos en son de despedida. El bote se alejaba. Cada tanto Barbachano se volvía para decir adiós. Sus simpatizantes no dejaban de revolotear sus pañuelos y mover las manos. Y nadie se alejó del muelle antes

de verlos a bordo. El barco zarpó haciendo sonar sus sirenas: Barbachano dejaba Mérida, su ciudad, como si la hubieran decapitado súbitamente.